

traban destacamentos de caballería sable en mano, y Radet daba sus órdenes á los comandantes con un aire de triunfo, como si acabara de ganar una batalla.

Fuera de la puerta del Pueblo se hallaban los caballos de la posta, y mientras los estaban enganchando el Papa echó en cara dulce á Radet la mentira que le habia dicho, asegurándole que le llevaba al alojamiento del general Miollis, y se quejó del modo violento con que se le arrancaba de Roma sin servidumbre, desprovisto de todo y con solo el vestido que tenia puesto. El general respondió que no tardaria en alcanzarle la comitiva de las personas indicadas en la lista dada en Monte-Cavallo, con todo lo que hiciera falta, y en el acto despachó un gendarme á caballo al general Miollis invitándole á acelerar la marcha de la comitiva. Luego dijo al cardenal Pacca que estaba muy contento de que su comision se hubiera llevado á cabo pacíficamente sin haber un solo herido, y el cardenal replicó: «¿Pues qué, estábamos en alguna fortaleza, donde pudiéramos hacer resistencia?» — «Sé muy bien, añadió Radet, que Vuestra Eminencia habia dado la orden de que nadie resistiera, y que habia prohibido que nadie se acercara con armas á Monte-Cavallo.»

Poco despues el Pontífice preguntó al cardenal si traia algun dinero. «Vuestra Santidad ha visto, contestó el cardenal, que he sido arrestado en vuestro aposento, y por lo tanto no he podido volver al mio.» Entonces sacaron sus bolsillos, y á pesar de la afliccion y el dolor que nos causaba el vernos arrancados de Roma y de su buen pueblo, no pudimos contener la risa, dice el cardenal Pacca (1), al ver que en la bolsa del Pontífice no habia mas que una moneda de las llamadas *papetto* (unos treinta cuartos españoles),

(1) *Mem. del card. Pacca*, t. 1, p. 129.

y en la mia tres *grossi* (poco mas de veinte cuartos). De modo que el Soberano Pontífice y su ministro emprendian el viaje á lo apostólico, y segun las palabras de Nuestro Señor á los Apóstoles: «Nada llevareis yendo de camino, *neque panem* (no teniamos provision de ninguna especie), *neque duas tunicas* (no teniamos mas vestido que el que llevábamos puesto, y este era muy incómodo, pues el Papa estaba de *mozetta* y *stola*; y yo de *mantelletta*, *rocchetto* y *mozzeta*, sin una sola camisa para mudar), *neque pecuniam* (solo cincuenta cuartos). El Papa enseñó el *papetto* al general Radet diciéndole: «¡Hé aquí lo que poseemos de todo nuestro principado!» Preguntándole Radet si se hallaba bien, respondió: «Me hallo bien; Nuestro Señor sufrió mucho mas.»

Al principiar el viaje temió el cardenal que el Papa, penetrado de horror por la accion abominable y sacrilega que se cometia con él, y previendo funestas consecuencias para la Iglesia, se arrepintiera de las rigurosas providencias que habia tomado y le acusara, allá en su interior, de habérselas aconsejado. Mas no tardó en salir prontamente de este cuidado, pues el Papa, con la sonrisa en los labios y un aire de verdadera complacencia le dijo: «Cardenal, hemos hecho bien en publicar la bula de excomunion el 10 de junio, pues de lo contrario ¿cómo lo haríamos en la actualidad?»

La noche siguiente se fijó en los sitios de costumbre en Roma por orden del cardenal Pacca y en nombre del Papa un manifiesto, que puede ser considerado como la despedida de un tierno padre al separarse de sus amados hijos: «En el dolor en que nos hallamos, decía Pio VII, sentimos un dulce consuelo en ver que se cumple en Nos lo que nuestro Señor anunció á San Pedro, diciéndole: «os hallareis en la edad de la senectud, cuando estendereis vuestras manos, y otro os

atará y llevará á donde no querais ir. Nos otros abandonamos nuestras manos sacerdotales á la fuerza que nos ata para llevarnos á otra parte, y declaramos á los autores de este hecho responsables ante Dios de todas las consecuencias de semejante atentado. Por nuestra parte deseamos solamente, aconsejamos y mandamos que nuestros fieles súbditos, nuestro rebaño particular de Roma, así como el universal de la Iglesia católica, imitate puntualmente á los fieles del primer siglo, cuando San Pedro fué encerrado en la prision, y en cuyo tiempo la Iglesia no cesó de rogar á Dios por él. Sucesor, aunque indigno, de aquel glorioso Apóstol, vivimos en la confianza de que nuestros tan amados hijos tributarán este último y piadoso deber á su padre comun, y en recompensa les damos con

toda la efusion de nuestra alma la bendicion apostólica. En nuestro palacio del Quirinal á 6 de julio del año 1809, el décimo de nuestro pontificado.»

A todo esto el general Miollis, despues de haber mandado arrestar á uno de los esbirros que habian cometido robos en el palacio pontificio, viendo que la empresa del rapto habia salido completamente bien, dijo en francés á los oficiales que estaban rodeados de los galeotes y esbirros, cómplices de aquel atentado: «Ahora, señores, despedid á esa canalla (1).» Esta fué la primer recompensa que consiguieron aquellos miserables por haber cometido sin peligro una accion tan abominable. ¡Así se galardona comunmente al traidor por sus infames servicios!

LIBRO DÉCIMO-QUINTO.

(CENTÉSIMO.)

Desde el rapto de Pio VII (1809), hasta su definitivo restablecimiento en su capital (1815).

No es posible dejar de experimentar un sentimiento de sorpresa y de admiracion, cuando se trae á la memoria la historia de nuestros dias (1). Tantos importantes acontecimientos políticos, sucediéndose con la mayor rapidez, han hecho mas de una vez decir ingeniosamente, que la generacion de 1789, época de

la revolucion francesa, ha vivido muchos siglos. Si esto es verdad, atendida la rápida sucesion de los acontecimientos políticos que en aquel espacio de tiempo cambiaron muchas veces la faz de la Europa, otro tanto puede decirse con relacion á los sucesos que sobre-

(2) *Mem. del cardenal Pacca*, t. 1, p. 133—142. B, del C., tomo XXIII.—X.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo VIII,

(1) M. Artaud, *Historia del Papa Pio VII*, t. 2, p. 23.

vinieron en la Iglesia católico-romana. En un tiempo en que los escritores que se llamaban filósofos predicaban desde un extremo á otro de Europa á los gobiernos y á las naciones humanidad, filantropía, y sobre todo tolerancia en materias de Religión, repitiendo con complacencia estas palabras de Voltaire: «Que los filósofos no persiguen á nadie por diferencia de opiniones religiosas y no han sido, ni serán nunca perseguidores;» los corifeos del partido, residentes en Paris, suscitaron dos violentas persecuciones contra la Iglesia; la primera en Francia y la segunda en Italia. En Francia, á imitación de los Decios y de los Dioclecianos, llegaron al extremo de derramar sangre, y Paris, Lyon, Nantes y otras ciudades del reino vieron renovarse las horribles y sangrientas escenas de los antiguos mártires. En Italia siguieron otro plan. Habiendo aprendido por la esperiencia que las persecuciones sangrientas en vez de perjudicar á la Iglesia la robustecian, recurrieron á otro género de persecucion imaginado por Juliano, el Apóstata. Trataron de seducir y corromper á los hombres de bien, sea con amenazas, sea con halagos, y de cansar la paciencia del clero con destierros, confiscaciones y todo género de torturas y sufrimientos. Mas en ambos casos el clero sostuvo la lucha con valor, y los filósofos quedaron cubiertos de vergüenza y confusion, habiendo dado á pesar suyo á la Iglesia nuevo brillo cuando se habian propuesto humillarla y envilecerla.

Imaginábanse que el noble clero de Francia se habia afeminado y estaba únicamente ocupado en ideas mundanas y en el cuidado de intereses materiales, y por lo tanto le consideraban como incapaz de resistir, sea á la seducción, sea á la violencia; así pues, vieron con un sentimiento de rabia lo que toda Europa vió con admiracion, á mas de cien obispos y millares de sacerdotes arrostrar denodadamente la pobreza, el destierro y la muerte

antes que prestar un juramento reprobado por su conciencia. Habíanse lisonjeado de alcanzar un triunfo mas facil sobre la Iglesia romana, que ellos llamaban la corte de Roma, fiándose tal vez en los actos de condescendencia, por no decir de debilidad, de ciertos pontífices para con las potestades del siglo; pero ¿cuál fué su sorpresa al ver que esta Iglesia, que ellos reputaban vieja y decrepita y encorvada por el peso de diez y ocho siglos, levantaba magestuosamente la cabeza y recobraba todo el vigor de su primera juventud; cuando oyeron de nuevo en Roma el lenguaje de los Leones, Gregorios y Sistos; cuando, en fin, al cabo de muchos siglos vieron salir de las manos, no de un severo Bonifacio VIII, ni de un belicoso Julio II, sino de las de un Pontífice bondadoso y pacífico, aquel rayo del Vaticano, que para los filósofos, que siempre están en contradiccion consigo mismos, es á la vez un objeto de burla y de temor? La mayor parte de las iglesias del Estado pontificio imitaron el glorioso ejemplo de su madre y maestra, y sus sacerdotes trasportados á Córcega, Capraia y otros lugares, recordaron á los habitantes de estas islas la sagrada memoria de los antiguos confesores de la fé, que los idólatras emperadores de Roma ó los reyes arrianos de Africa desterraron á ellas en otros tiempos. A vista de estos admirables ejemplos y del vivo interés que por aquellos ilustres proscriptos se tomaban todas las naciones de Europa, hasta las que estando separadas de la Iglesia romana parecian querer entonces reconciliarse con ella, bramaron de coraje los filósofos y acaso meditaron nuevas persecuciones y nuevas matanzas. No podian acabar de comprender lo que la esperiencia de diez y ocho siglos les demostraba, esto es, que todos los asaltos y violencias contra la Iglesia y la Santa Sede serian vanos é inútiles, como lo habian sido los de sus antiguos predecesores, los Celso, los Porfirios y los Julianos, y los de sus maestros modernos, los Voltaire,

los Diderot, y los d'Alembert; pues la existencia y duracion de la Iglesia y de la Santa Sede no son obra de los hombres, y esta es la razon por qué las persecuciones que llegan hasta el punto de derramar sangre no hacen mas que estender los límites del cristianismo, justificando aquel hermoso y poético pensamiento de Tertuliano, que «la sangre de los mártires es como una semilla que produce constantemente nuevos cristianos: *Sanguis martyrum semen christianorum.*»

Entre los sucesos notables de estas persecuciones deben figurar sin duda ninguna las dos usurpaciones sacrílegas del patrimonio de San Pedro y de los dominios de la Iglesia romana, y el violento rapto de los dos Soberanos Pontífices Pio VI y Pio VII fuera de su Sede y de Roma. Estos acontecimientos fueron tales, que en estos últimos tiempos parecieron casi increíbles no solo al pueblo sino hasta á las personas instruidas é ilustradas.

El autor de la famosa obra: *Defensio declarationis cleri gallicani*, obra que los franceses atribuyen al ilustre é inmortal Bossuet aunque en ella se hayan recogido y amontonado de todas partes textos y documentos, que propenden á debilitar y restringir todo lo mas posible la jurisdiccion suprema de los Papas, está de acuerdo sin embargo con nosotros en lo tocante á su soberanía temporal y declara abiertamente que, siendo los dominios temporales de la Iglesia cosas consagradas á Dios, deben ser reputados como inviolables, y no se puede invadirlos, usurparlos, ni secularizarlos sin cometer un sacrilegio (1). En tiempos mas próximos á nosotros, el célebre L. A. Muratori fué amargamente censurado por los autores de un periódico que se imprimia en Roma,

(1) *Defensio declarationis cleri gallicani*, lib. 1, c. 14.

«Ea... ut dicata Deo, sacrosancta esse debere, nec sine sacrilegio invadi, rapi, et ad saecularia revocari posse.»

porque en sus Anales de Italia hablaba á menudo y hasta con complacencia de la soberanía de los emperadores de Constantinopla sobre Roma, de la condicion de súbditos en que se habian hallado varios Papas y de diversos actos de autoridad y jurisdiccion ejercidos algunas veces por los emperadores de Alemania sobre los dominios de la Iglesia, como si hablando de este modo hubiera podido escitar á algun sucesor de aquellos príncipes á reivindicar sus pretendidos derechos sobre Roma y sobre el Estado. Indignado de semejante acusacion este célebre autor, al terminar sus Anales, se quejó altamente de los periodistas romanos y sobre todo de que hubiesen dicho que aquellos mismos Anales eran uno de los libros mas funestos á la soberanía de Roma. En su respuesta es notable el siguiente pasage: «Si por desgracia hubiera un emperador tan perverso que quisiera atentar contra la soberanía romana, tan justa, tan antigua, marcada con el sello de tantos siglos y confirmada con el consentimiento de tantos emperadores, no tendria necesidad de estos Anales ni de ningun otro libro para hacer el mal. Sus pasiones impías y desordenadas le bastarian; pero es de esperar que jamás exista semejante emperador (1).» Así pensaba Muratori. Sin embargo, en nuestros días se ha cometido este enorme sacrilegio dos veces en el espacio de algunos años, y por desgracia no es sino muy cierto que no tardó en venir el perverso emperador capaz de cometerlo.

Lo que es aun mas extraño es el silencio y la fria indiferencia de los gobiernos católicos al saber tan execrables sucesos. Con horror supo el mundo que el Papa Bonifacio VIII habia sido arrestado algunos días en su propia habitacion, en Anagni, por Guillermo de Nogaret, gentil-hombre francés, en tiempo de

(1) *Anales de Italia*, t. 12, part. 2.

Felipe el Hermoso. Algunos años despues, Nogaret, mucho menos culpable que Miollis y que Radet, tuvo que comparecer ante Clemente V en Viena de Francia, donde se celebraba un concilio ecuménico, y pedir perdon de su crimen y la absolucion del anatema. El Papa, aunque francés y poco favorable á la memoria de Bonifacio VIII, no levantó el anatema sino despues de prometer el culpable pasar á Tierra Santa y permanecer en ella cinco años. Tambien la Europa oyó con horror la noticia de la cautividad de Clemente VII, sitiado en el castillo de Saint-Angelo por el ejército español y alemán de Carlos V. Al momento todos los gabinetes católicos entraron en negociaciones para formar una alianza, cuyo primer objeto era la libertad del Pontífice; y aquel político emperador para librarse de toda la parte odiosa de semejante acto sacrilego mandó que en todas las Españas se hiciesen rogativas públicas y procesiones por la libertad del Papa que su ejército tenia prisionero. Al saber la violenta espulsion de los Pontífices Pio VI y Pio VII, indignáronse las naciones y gimieron los hombres honrados, pero nadie reclamó; ni una sola voz salió de los tronos de los príncipes católicos en favor de aquellos santos y augustos personajes. Permittió así la Providencia á fin de confirmar mas y mas la divina leccion dada á los Papas y á los ministros de la Iglesia, leccion varias veces repetida en la Santa Escritura, y que les recomienda no pongan su confianza en los príncipes de la tierra. Tambien sucedió esto para probar á los incrédulos, y probárselo de un modo evidente y palpable, que todos los acontecimientos dichosos para la Santa Sede y para la Iglesia provienen directamente de la soberana voluntad de la misma Providencia.

Todo católico está persuadido de que cuanto acaece en este mundo está admirablemente dispuesto por esta Providencia divina, aunque

en todas las ocasiones no se dé visiblemente á conocer, por decirlo así (1). Pero en muchos acontecimientos de nuestros dias así como en los hechos del antiguo Testamento y de los primeros siglos de la Iglesia, ha querido la Providencia hacer visible su poder y obligar á los hombres, aun á los menos religiosos, á esclamar: *Digitus Dei est hic*. Las señales manifiestas é irrecusables de su presencia fueron: 1.º Haberse librado la Italia de las tropas francesas en 1799 pocos dias antes de la muerte del gran Pontífice Pio VI, y esto durante el poco tiempo necesario á los individuos dispersos del Sacro Colegio para reunirse en Venecia y proceder, segun el ritual de costumbre, á la eleccion de un sucesor al Pontificado; 2.º La restitution de los dominios temporales á la Santa Sede y al Papa, verificada por príncipes de una comunión diferente de la comunión romana, y hasta por enemigos del nombre cristiano: testigo Ancona situada por los mahometanos, ingleses y rusos, para devolverla á su legitimo soberano, el Papa: 3.º Los prontos y terribles efectos de la excomunion en la persona y destino de Bonaparte, cuya prosperidad, prodigiosa hasta entonces, principió á declinar, y el fin deplorable y desgraciado del mismo Napoleon, quien despues de haber hecho temblar y casi enmudecer á la Europa, fué separado del trato de los hombres y confinado sobre una roca, donde murió miserablemente en poder de un gobierno enemigo, y privado hasta de la asistencia y consuelos de su familia; 4.º La muerte aun mas trágica y espantosa de Alejandro Berthier, de Salicetti y de Murat, cómplices é instrumentos de las dos usurpaciones sacrilegas de Roma, que suministrarán abundantes materiales al que, siguiendo el ejemplo de Lactancio, com-

(1) *Memor. del cardenal Pacca*, t. 1, p. 143-144.

ponga un nuevo tratado sobre el malhadado fin de los perseguidores de la Iglesia.

Tal vez se habia olvidado en Roma despues de un cierto número de años que la prosperidad de la Santa Sede y de la Iglesia es exclusivamente obra de la Providencia; pero ¡cuán deplorables fueron las consecuencias de este olvido (1)! Sin remontarnos á sucesos de fecha mas antigua bástenos consignar lo que sucedió durante el pontificado de Pio VII con el gobierno francés. Toda peticion, todo deseo de Bonaparte, primer cónsul y luego emperador, era al punto como una ley para Roma. El escelente Pontífice creia haber encontrado en este hombre un amigo y un protector; mas cuando se vió encerrado bajo llave en un coche con el cardenal Pacca y conducido como un malhechor á Francia, usó muy otro lenguaje.

A eso de las cuatro de la mañana salieron de Roma para Toscana, relevando caballos en las primeras postas (2). En el semblante de las pocas personas que se encontraban en el camino se leia el estupor y la tristeza que semejante espectáculo les causaba. En Monterosi habia asomadas á las puertas de las casas muchas mugeres, que habiendo conocido al Santo Padre en un carruaje rodeado de gendarmes con el sable en mano, y viéndole trasportado como cautivo, imitaron la tierna compasion de las mugeres de Jerusalem (3), golpeáronse el pecho, lloraron y gritaron, y estendiendo sus brazos hácia el carruaje, esclamaban: «Nos arrebatan el Santo Padre.» Temiendo Radet que la vista del Papa, conducido de esta manera, escitase algun tumulto en las poblaciones mas crecidas, le rogó corriese las cortinillas del coche para que no fuese visto de la gente. Pio VII lo hizo

con mucha resignacion, y prosiguieron el viaje encerrados en el coche, casi sin aire, en las horas de mas calor del mes de julio en Italia. A medio dia el Pontífice manifestó deseos de tomar algun alimento, y Radet mandó hacer alto en la casa de postas, en un sitio casi desierto sobre la montaña de Viterbo. Allí, solo en un aposento donde se encontró una mesa vieja y desvencijada, cubierta con un mantel asqueroso, único que habia en toda la casa, se sentó el Papa y comió un huevo. En el acto se volvió á emprender la marcha sin hacer caso del terrible calor. Hacia el anochecer el Papa tuvo sed, y como no habia por aquel campo ninguna casa á donde poderse dirigir, el sargento Cardini recogió en una botella agua de un arroyo que corria junto al camino, y la dió al Santo Padre, que la encontró muy buena. ¿No podrian con este motivo aplicarse á Pio VII aquellas palabras del Salmista: *De torrente in via bibet, propterea exaltabit caput* (4)?

Despues de diez y nueve horas de marcha, la mas penosa para el Pontífice, que frecuentemente se quejó de lo mucho que sufría, llegaron á eso de las once de la noche á la montaña de Radicofani, y se pararon en su mezquina posada. El Papa y el cardenal no tenian vestido que mudarse, y así tuvieron que seguir con los que llevaban puestos, aunque bañados de sudor, y espuestos al aire frío que corre por aquel sitio aun en medio del verano. En la posada no habia nada preparado. Colocaron al Santo Padre en un pequeño aposento, y al cardenal en otro inmediato, quedando los gendarmes en las puertas de ambos. El cardenal en su traje de *mozetta* y *rochetto*, tal como se hallaba, ayudó á la criada de la posada á hacer el lecho para Pio VII, y

(1) *Mem. del cardenal Pacca*, p. 142-143.

(2) *Ibid.*, t. 1, p. 160-167.

(3) S. Lucas, c. xxiii, v. 27.

(4) Salmo CIX, v. 7. — Artaud, *Hist. del Papa Pio VII*, t. 2, p. 230.

preparar la mesa para la cena, cuya frugalidad es escusado ponderar. El Santo Padre admitió al cardenal á su mesa, y este trató así entonces como durante todo el camino de sostener el ánimo del Papa. Lo que redoblabá el valor del cardenal en aquellas horribles circunstancias, era la idea de haber sido escogido por la Providencia para ser el Simón Cirineo del Pontífice perseguido. Después de la cena el Santo Padre se recostó, sin desnudarse, sobre una mala cama, y como era de presumir, el sueño de aquella noche no fué largo ni tranquilo, contribuyendo á abreviarlo el estado de sufrimiento de Pio VII.

Radet recibió órdenes muy apremiantes de trasladar al Pontífice á la Cartuja de Florencia, y partir al día siguiente después del desayuno, para llegar aquel mismo día. El Santo Padre por el contrario dijo resueltamente, y no sin vivacidad, que no quería salir de allí hasta que llegaran las personas á quienes se había dado permiso para acompañarle, alegando que se hallaba enteramente desprovisto de todo, y que temía que si se prolongaba el viaje algunos días más, su comitiva no podría alcanzarle. Con gran satisfacción del Papa llegaron á Radicofani á eso del medio día los dos coches que el día antes habían salido de Roma con parte de la comitiva.

Entre seis y siete de la tarde del 7 de julio salieron de Radicofani. A poca distancia les esperaba mucha gente, á quien no se había permitido acercarse á la posada. Radet mandó parar el carruaje, y dejó que todos se aproximaran á recibir la bendición del Papa, y muchos de ellos hasta merecieron el honor de besarle la mano. No es posible expresar el fervor y la devoción de aquellas gentes honradas, así como el de todas las poblaciones de Toscana por donde Pio VII pasó. Viajóse toda la noche, y el día 8 al amanecer se llegó á las puertas de Sena. Fuera de las puertas de esta ciudad estaban ya preparados los caballos de

relevo con un fuerte destacamento de gendarmes, por temor de algun tumulto del pueblo al pasar el Pontífice por la ciudad. Prosiguieron el viaje hasta Poggibonsi, donde el general Radet quiso descansar durante las horas de mas calor. Al llegar á la puerta de la posada tuvieron que permanecer el Papa y el cardenal como unos veinte minutos sin poder bajar del coche, porque el oficial que tenía la llave se había quedado atrás con la comitiva. Radet dejó entrar en la posada diferentes personas, casi todas mugeres, que deseaban besar los pies y manos del Papa.

Después de algunas horas de descauso partieron á las tres de la tarde hácia Florencia en medio de un inmenso pueblo que se había reunido pidiendo en alta voz y con extraordinarias muestras de fervor la bendición apostólica. Mas á poca distancia de la posada, por inadvertencia ó poca destreza de los postillones, que según las órdenes de Radet, corrían cuanto les era posible, volcó el carruaje con grande impetuosidad, rompiéndose una rueda y rodando la caja al medio del camino, dentro de la cual tocó al Pontífice caer debajo del cardenal. Poco tiempo permanecieron en esta situación: una innumerable turba de pueblo, gritando ¡Santo Padre! ¡Santo Padre! levantó en un momento la caja en tanto que un gendarme abría las portezuelas, que aún estaban cerradas con llave. Sus camaradas con la frente pálida y el sable en mano trataban de alejar al pueblo, que inflamado de cólera les insultaba gritando: ¡cani! ¡cani! esto es, ¡perros! ¡perros! Radet, poco afirmado en el asiento exterior del carruaje, fué lanzado á gran distancia sobre un cenagal lleno de animales inmundos (1). Levantóse como pudo de aquella hediondez, é injuriando á los pos-

(1) M. Artaud, *Historia del Papa Pio VII*, t. 2, p. 234-235.

tillones se dirigió hácia el coche. El Papa salió por una portezuela en brazos del pueblo, que se amontonó á su alrededor: unos prosternando la frente en el suelo, otros besándole los pies, otros tocando respetuosamente sus vestidos, y todos preguntando con la mayor ansiedad si había sufrido algun daño en la caída. El Santo Padre con la sonrisa en los labios les daba las gracias, y les hablaba como chanceándose de lo que acababa de ocurrir. El cardenal Pacca, por otro lado, temiendo que aquella multitud furiosa viniese á las manos con los pocos gendarmes y cometiese algun desmán que tuviera malas consecuencias, se lanzó en medio de la multitud, gritando que gracias al cielo nada había sucedido, y que podían retirarse pacíficos y tranquilos. Así que se sosegó el tumulto, que había asustado á Radet y á los gendarmes más que al Santo Padre, este tuvo que subir á un miserable coche en que había venido el prelado Doria. En el momento de partir, la multitud que se había ido agrupando, cerraba el paso (1): los gendarmes, á pesar de todos sus esfuerzos, no podían hacer lugar; pero Radet con un medio muy sencillo consiguió lo que con la fuerza no se podía obtener. Oía que por todas partes murmuraban confusamente, diciendo: *Santísimo Padre, dadnos vuestra santa bendición*. Aprovechó, pues, esta circunstancia para pedir al Pontífice que satisficiera al pueblo, y gritó: *De rodillas, de rodillas, el Santo Padre va á dar su bendición*; pero al mismo tiempo procuraba desembarazar la delantera, gritando: *pasad á la derecha*, é indicando con la mano el lugar donde se habían de poner. El pueblo fué efecto á arrodillarse en donde él deseaba: entonces Radet gritó ¡silencio! y suplicó al Pontífice se dignara dar su bendición; lo cual se verificó, diciendo Pio VII al darla: *Tened va-*

lor y orad, hijos míos. Al ver el general algo espedito el paso, aprovechó el momento en que el Pontífice daba su bendición, para mandar á los postillones arreasen, y así se hizo. Por todas partes del tránsito los buenos toscanos pedían hasta con gritos y lágrimas la bendición, y á pesar de los gendarmes, que los rechazaban con sus sables, se ponían cerca del coche para besar las manos del Santo Padre, que no tenía mas remedio que estenderlas fuera del coche, formando un tierno espectáculo el paternal cariño del Pontífice y el dolor de su rebaño al verle en aquella situación (1).

A la una de la noche llegaron á la Cartuja de Florencia, en cuya puerta fué recibido el Papa por el coronel de gendarmería Lecrosnier y el comisario de policía Piamonti. A nadie se permitió acercarse mas que al prior de aquella comunidad, que cumplimentó al Santo Padre. La entrada fué prohibida á toda otra persona y hasta á los religiosos del convento. Los gendarmes condujeron al Papa al cuarto que le estaba destinado, que era precisamente el mismo en que diez años antes había estado detenido en rehenes el inmortal Pio VI. Al entrar en este aposento, dice el cardenal Pacca (2), me acerqué á la cama preparada para el Santo Padre, y que también había servido á su predecesor; y en un arrebato de la imaginación me pareció asistir al acto atroz é inhumano de los comisionados del Directorio francés, cuando levantaron violentamente la ropa de la cama para observar si aquel respetable anciano se hallaba efectivamente en el estado de debilidad y postración que, según el dictámen de los médicos que habían sido consultados, le imposibilitaba de poder proseguir el viaje sin un inminente peligro

(1) *Memor. del cardenal Pacca*, t. 1, p. 168.—Mr. Artaud, *Hist. del Papa Pio VII*, t. 2, p. 235.

(2) *Mem. del cardenal Pacca*, t. 1, p. 169.

(1) *Relacion, etc.*, de Radet.